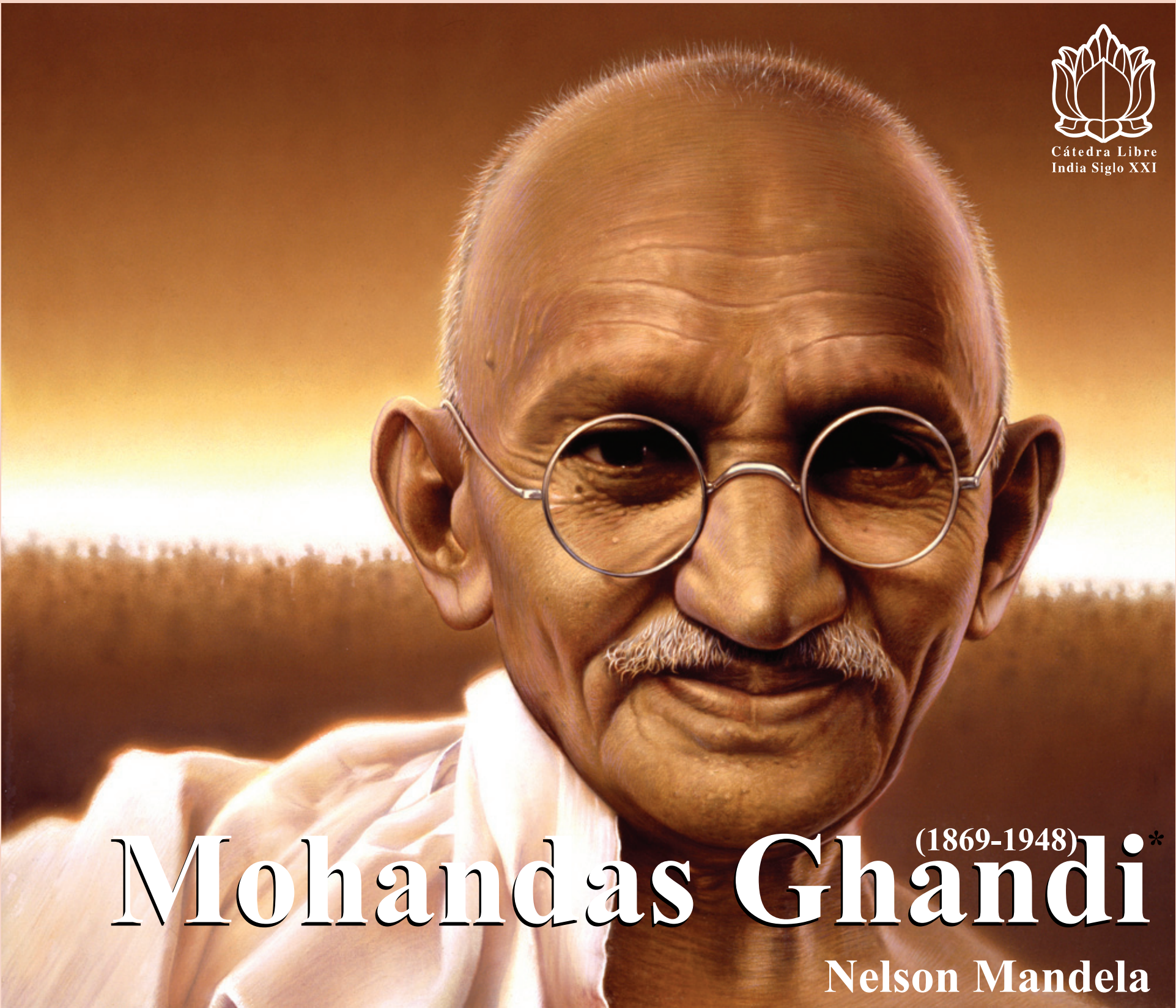




Mohandas Ghandi^{(1869-1948)*}

Nelson Mandela

Nació en la India, y Sudáfrica lo adoptó. Fue ciudadano indio y sudafricano a la vez. Ambos países contribuyeron a su gran batalla intelectual y moral, y gracias a esto, Ghandi forjó los movimientos de liberación en ambos territorios colonizados.

Es el arquetipo del revolucionario anticolonialista. Su filosofía de no cooperación nacía de su convicción de que los opresores sólo podrían dominarnos si cooperáramos con ellos, y estas ideas, tanto como su filosofía de resistencia no violenta, han inspirado los movimientos anticolonialistas y antidiscriminatorios del mundo entero de todo el siglo.

Tanto Ghandi como yo padecemos la opresión colonial y los dos movilizamos a nuestro pueblo contra gobiernos que violaban nuestras libertades.

La influencia de Ghandi dominó la lucha por la libertad del continente africano hasta la década de los 60, gracias al enorme sentido de poder y solidaridad que inspiró entre los indefensos. Las principales coaliciones africanas adoptaron la no violencia como postura oficial y el Congreso Nacional Africano (CNA) se mostró abiertamente en contra de la violencia durante la mayor parte de su existencia.

Ghandi nunca abandonó la causa de la no violencia. Yo practiqué la filosofía de Ghandi hasta donde me fue posible, pero llegó un momento en que la resistencia pasiva no era suficiente para contrarrestar la fuerza brutal del opresor. Entonces fundamos Unkhonto We Sizwe y añadimos la dimensión militar a nuestra lucha. Pero aún así, al final optamos por la estrategia del sabotaje porque no ponía en peligro vidas humanas y ofrecía mayores esperanzas para las futuras relaciones raciales. La lucha armada pasó a ser parte del programa africano, respaldada oficialmente por la Organización de la Unidad Africana (OUA) tras mi discurso de 1962 ante el movimiento Panafricano para la libertad de África Central y del Este (PAFMECA), en el que dije: “La fuerza es el único idioma que escuchan los imperialistas y ningún país ha alcanzado la libertad sin algún tipo de violencia”.

El propio Ghandi nunca descartó del todo la violencia. Incluso él admitió que las armas eran necesarias en determinadas situaciones, y afirmó lo siguiente: “Cuando hay que elegir entre cobardía y violencia, yo aconsejaría la violencia... Prefiero usar las armas en defensa del honor que ser testigo vil del deshonor...”. La violencia y la no violencia no son enteramente incompatibles: Simplemente es el predominio de una sobre la otra lo que define un movimiento.

Ghandi llegó a Sudáfrica en 1893 a los 23 años de edad y al cabo de una semana se encontró cara a cara con el racismo. Su respuesta inmediata fue huir de aquel país que degradaba de tal modo a las personas de color, pero gracias a su enorme fortaleza interior aquella experiencia se convirtió en la nueva misión de su vida. Decidió permanecer allí para redimir la dignidad de las personas que habían sido explotadas por motivos raciales, para allanar el camino hacia la liberación de todos los colonizados del mundo y para forjar un programa para un nuevo orden social.

* Tomado de: Revista Time. 31 de diciembre de 1999.

21 años más tarde abandonaría al país, convertido casi en un maha atma (gran alma). No me cabe ninguna duda de que había alcanzado ya ese estado cuando la violencia lo arrebató de este mundo.

Fue un líder extraordinario, y dotado con una inspiración divina. Hay algunos que piensan que le movía la inspiración divina. Con lo que es fácil estar de acuerdo. Se atrevió a proclamar la no violencia justo cuando la violencia de Hiroshima y Nagasaki acababa de explotar sobre nosotros. Hizo una proclama de los valores morales precisamente cuando la ciencia, la tecnología, y las leyes del capitalismo habían decidido prescindir de ellos. Sustituyó el interés propio por el interés colectivo, sin socavar con ello la importancia del individuo. De hecho, la interdependencia entre la comunidad y el individuo es la esencia de la filosofía Ghandiana: la búsqueda simultánea e interconectado entre el desarrollo del individuo moral y el de la sociedad moral.

Su filosofía del Satyagraha es una lucha social personal y social para alcanzar la Verdad, a la que él identifica con Dios, la Moralidad Absoluta. Y él buscaba esta Verdad con la gente, no solo ni concentrado en sí mismo. “Deseo encontrar a Dios, y porque quiero encontrarlo, tengo que encontrar a Dios a través de los demás. No creo que pueda hallarlo solo. Si así fuera, me marcharía al Himalaya para encontrar a Dios en alguna caverna. Pero como creo que nadie puede hallarlo en soledad, tengo que trabajar con la gente, tengo que llevarlos conmigo. A solas no puedo llegar hasta ÉL”. Ghandi santifica su revolución, encontrando el equilibrio entre lo religioso y lo secular.

Su despertar llegó en las tierras montañosas donde tuvo lugar lo que se conoció como la Rebelión Bambata. Allí, siendo un apasionado patriota británico, dirigía un cuerpo de camilleros indios al servicio del Imperio. Pero la brutalidad de los británicos contra los Zulúes africanos levantó su alma en contra de la violencia. En ese campo de batalla, decidió despojarse de todos los objetos materiales de la vida y dedicarse de lleno a desterrar la violencia y servir a la humanidad. La imagen de los Zulúes heridos y apaleados, abandonados despiadadamente por sus perseguidores británicos, le hizo dar un giro de 180 grados. Lo que antes había sido una profunda admiración por todo lo británico se había transformado en una celebración de lo indígena y lo ético. Ghandi resucitó la cultura de los colonizados e inspiró una renovada resistencia india contra los británicos. Practicando el swadeshi- el uso de los productos propios y el boicot a los del opresor, que privan al pueblo de sus habilidades y de su capital- revitalizó la artesanía India y la convirtió en un arma económica contra el colonizador.

Gran parte de la pobreza del mundo actual, en particular la de África, existe porque sus países sufren de una dependencia crónica sobre los mercados extranjeros para obtener los productos que necesitan. Además de acumular una deuda externa incontrolable, esta dependencia socava la producción propia de un país e impide el desarrollo de las habilidades de sus ciudadanos. Ghandi insistía en la autosuficiencia, un principio económico básico que, de seguirse hoy, ayudaría mucho a aliviar la pobreza y a estimular el desarrollo del Tercer Mundo.

Ghandi se adelantó en más de medio siglo a Frantz Fanon y a la toma de conciencia de la comunidad negra en Sudáfrica y Estados Unidos. Inspiró el resurgimiento del intelecto, el espíritu y la industria.

Ghandi se opone a la noción de Adam Smith de que la naturaleza humana se mueve por el interés propio y la pura necesidad individual y nos devuelve nuestra dimensión espiritual, caracterizada por el pacifismo, la justicia y la igualdad.

Ghandi, cuando habla de los millones de personas que trabajan sin tregua y siguen pasando hambre, nos recuerda que es una falacia decir que todos podemos alcanzar la riqueza y el éxito si trabajamos duro. Pregona el evangelio de dirigirnos hacia abajo, de emular al Kisan (campesino) y no al Zamindar (terrateniente), porque “todos podemos ser Kisan pero solo unos pocos pueden ser Zamindar”.

Renunció a la vida acomodada y se unió a las masas en busca de la igualdad. “No puedo albergar la esperanza de lograr la igualdad económica... tengo que descender al nivel del más pobre entre los pobres”.

Su conocimiento del capital y el trabajo venía de su comprensión de la riqueza y la pobreza, y de ahí vislumbró la solución de una administración fiduciaria basada en la creencia de que el individuo no puede poseer el capital: lo recibimos en fideicomiso para redistribuirlo de manera equitativa. Del mismo modo, aunque reconoce que no todos gozamos de los mismos talentos y aptitudes, Ghandi sostiene que son dones de Dios que deben destinarse al bien común.

Busca un orden económico alternativo, entre el capitalismo y el comunismo, y lo encuentra en el sarvodaya basado en la no violencia (ahimsa). Es contrario a Darwin y a su teoría de la supervivencia de los más aptos, al laissez-faire de Adam Smith y a la tesis de Karl Marx que describe un antagonismo natural entre capital y trabajo. Gandhi, en cambio, se enfoca en la interdependencia entre las dos cosas.

Cree en la capacidad del hombre para efectuar cambios y en aplicar la filosofía del Satyagraha en la lucha contra el opresor, no para destruirlo sino para transformarlo, para que abandone su opresión y se una a los oprimidos en la búsqueda de la Verdad.

En Sudáfrica, hemos logrado nuestra nueva democracia de una manera relativamente pacífica basándonos en este pensamiento. Gandhi sigue siendo hoy el único crítico absoluto de la sociedad industrial avanzada. Otros han criticado el totalitarismo de este sistema, pero no su aparato productivo. No es que Ghandi se oponga a la ciencia y a la tecnología sino que, desde su perspectiva todo ser humano tiene el derecho a trabajar. Por ende, Gandhi critica la medida en que la industrialización usurpa este derecho. Ghandi sostiene que la maquinaria a gran escala pone la riqueza en manos de unas pocas personas, que luego pueden tiranizar al resto. Defiende los pequeños utensilios y quiere que el individuo mantenga control sobre sus herramientas, para preservar una relación interdependiente y afectuosa entre ambos, como el jugador de críquet con su bate o Krishna con su flauta, pero, sobre todo, busca liberar al individuo de la alineación creada por la máquina y desea reinstituir la moralidad y la humanidad a los procesos de producción.

Hoy, mientras nos encontramos sumidos en economías de desempleo, sociedades en las que unos pocos consumen mucho mientras las masas se mueren de hambre, tenemos que replantear los principios de nuestra globalización y reflexionar sobre la alternativa ghandiana.

En una época en la que Freud liberaba el sexo, Ghandi lo controlaba: mientras Marx levantaba al trabajador en contra del capitalista. Gandhi los reconciliaba, mientras el pensamiento dominante en Europa eliminaba a Dios y al alma de las ecuaciones sociales. Ghandi trabajó en pos de una sociedad basada en ambos. Precisamente cuando los pueblos colonizados habían dejado de pensar en sí mismos y controlar sus propias vidas, él se atrevió a pensar independientemente y tomar control de la suya. Y cuando las ideologías de los pueblos colonizados prácticamente habían desaparecido. Él las resucitó y les otorgó una potencia liberadora y redentora.